

SERMÓN

PODEMOS
hacer más



CON PASIÓN

Pr. Eber Soares Nunes
Director del Ministerio Personal
Unión Sudeste Brasileña

¿Quién es mi prójimo? Esta pregunta solía intrigar a los judíos y era, con frecuencia, un asunto de discusión entre ellos. En verdad, la única duda que en realidad tenían era saber quién, dentro de los de su familia, amigos y compatriotas israelitas, podía ser considerado como prójimo, pues, ciertamente, los paganos y samaritanos estaban excluidos de esa categoría.

Cuando fue confrontado con esta pregunta (Luc. 10:29), Jesús prefirió, como de costumbre, responder con una parábola. Es curioso percibir que, en total, Jesús usó cerca de 44 parábolas, o sea, 1/3 de sus enseñanzas fueron proferidas en forma de analogía. Ciertamente, él lo hacía para dejar su verdad bien ilustrada y clara en la mente de sus oyentes.

La palabra griega traducida como "parábola" significa "comparación", "tipo", "figura". Siendo así, el propósito de una parábola es despertar la curiosidad, indagar, enseñar por asociación con objetos comunes, apelar a diferentes corazones, despertar a los indiferentes e impresionarlos con la verdad y cautivar al oyente llevándolo a pensar en sus propias acciones. El hecho es que Jesús normalmente usaba parábolas porque su objetivo era sorprender a las personas. Pero, más allá de ese interés, nos preguntamos si su objetivo era impresionar a las personas de todos los tiempos. ¿Será? Si la respuesta es tan clara, ¿por qué parece que sus palabras, hoy, no provocan el mismo tipo de reacción? Sin duda, las palabras están tan corroídas actualmente que pocas veces nos sorprenden. Es como escuchar una anécdota cuando ya se conoce el chiste. Para ser impresionados, por lo tanto, tenemos que redescubrir el sentido de la Palabra, la belleza y la sorpresa del nuevo sentido.

La parábola

En primer lugar, es interesante resaltar que la parábola del buen samaritano se refería a una narrativa verdadera, según afirman muchos estudiosos. Siendo así, Jesús corría gran riesgo al contar una historia en la que los judíos eran presentados de modo negativo y los samaritanos de modo positivo. Además, su relato podría, fácilmente, ser usado contra él. Como era un incidente conocido de la época, que tal vez había ocurrido hacía poco, podemos decir que, probablemente, muchos en Jericó sabían incluso dónde vivían el sacerdote y el levita de la historia. En verdad, difícilmente alguien presentaría a un sacerdote y a un levita de forma tan dura si no hubiese un incidente real y posible de ser relacionado con la historia.

Según Elena de White, esta parábola no solo era una historia real, sino que también era bien conocida por los que la escuchaban. Además de eso, ella afirma que aquel sacerdote y aquel levita estaban presentes allí escuchando la narrativa fiel de los labios del Maestro. En verdad, cuando ellos se encontraron con el moribundo, pensaron que estaban solos, pensaron que nadie los había visto, pero ahora, para su espanto, el papel que desempeñaron en el episodio fue revelado como si allí se hubiera encontrado un testigo ocular. En verdad, al encontrarse con el hombre semimuerto, "Todo el cielo observaba para ver si el corazón de esos hombres sería movido por la piedad hacia el infortunio humano".¹ Pero, ¡qué gran decepción! Ellos ignoraron el hecho y pasaron sin detenerse.

Sin embargo, debe quedar bien en claro que esta no es una parábola del sacerdote malo, de los ladrones o del levita malvado. Esta es la historia del BUEN samaritano, lo que nos enseña que, ante los

¹ Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 462.

cinismos, las hipocresías y las dificultades de la vida, el lado bueno de la historia debe ser más destacado que el lado malo.

El camino

La narrativa comienza presentando un judío que va, a pie, por el camino que conectaba Jerusalén con Jericó. Jerusalén, la capital, la ciudad amada del pueblo de Dios, lugar donde se encontraba el famoso templo, orgullo de la nación. Jericó, a su vez, la segunda ciudad más importante de Judea. Entre sus habitantes se encontraban miles de sacerdotes y levitas, que, de tiempo en tiempo, iban a Jerusalén para officiar en el templo y participar activamente de la adoración a Dios. El camino de Jerusalén a Jericó era un camino reconocido como peligroso. "Jericó queda a 240 metros por debajo del nivel del mar, y Jerusalén está a 765 metros por sobre el nivel del mar".² Por lo tanto, "el camino de Jerusalén hacia Jericó, que en apenas 25 kilómetros baja cerca de 1.000 metros hasta llegar al valle del Jordán, pasa por lugares desiertos, y era conocido por los frecuentes asaltos de bandidos a los viajeros".³ Era un camino que corría entre desfiladeros rocosos con curvas imprevistas, lo que hacía de él un lugar ideal para los asaltantes.

Cierto hombre: la víctima

El hombre asaltado aparece en la historia como un anónimo abandonado: un viajero que, en ese momento, está necesitado, desprotegido, marginado, sin dinero y sin nadie a su favor. Arrojado al costado del camino, el desafortunado viajero, desnudo y herido, se encontraba a su suerte. Si estaba consciente, no tenía fuerzas ni para pedir ayuda y temía por su propia vida.

El sacerdote y el levita: sin excusas

Entran en escena, casualmente, aquellos que podrían cambiar la suerte desgraciada de aquel hombre: un sacerdote y un levita. Curiosamente, los individuos de la parábola no son identificados por sus nombres, sino caracterizados por las funciones y acciones.

Con respecto al sacerdote, en aquella época, eran tantos los sacerdotes disponibles para actuar en un solo templo, que eran divididos en turnos, cada cual servía solo dos semanas por año en los servicios del templo. Pero, al pasar por allí, vio al hombre herido y maltratado, cubierto en su propia sangre. Después de una rápida mirada, el sacerdote se apresuró y pasó de largo. En una actitud de completo desamor, ignoró completamente aquella situación y trató de no involucrarse ni molestarse por el pobre miserable. Tal vez, él había trabajado todo el fin de semana y estaba cansado, extrañando su casa. Después de trabajar tanto para el Señor, nada más justo que ir directamente a su merecido descanso. Bueno, el hecho es que el sacerdote apenas si miró al viajero herido y continuó su camino.

Viene entonces el levita, y encontrándose en la misma situación, pasó de largo, a ejemplo del sacerdote, y dejó allí al infeliz, casi muerto. Si ese infeliz hubiera estado muerto, tocarlo significaría contaminación ritual, además de eso, existía la posibilidad que fuese un samaritano o un gentil. ¿Y ahora? Era ilegal para un sacerdote tocar el cadáver de cualquiera que no fuera un pariente cercano (Lev. 21:1-4). Además, si ese sujeto se había aventurado a viajar por aquellos caminos solo, es porque era un irresponsable e imprudente y, por lo tanto, tuvo su merecido. Pensándolo bien, esa situación podría ser una emboscada. El hombre podría estar fingiendo y, así, cuando alguien se acercara, los asaltantes caerían sobre el levita, lo que lo convertiría en la verdadera víctima de la historia. Por otro lado, la lógica, la obligación y el sentido común indicaban que, sin duda, tanto el sacerdote como el levita tendrían que ayudar *al prójimo*. Pero sus excusas interiores les sugerían que no habría nada más inteligente para hacer, a no ser salir de allí lo más rápido posible.

El samaritano: la coherencia de la compasión

Los samaritanos eran enemigos de los judíos, considerados como perros, lo que daría al samaritano de nuestra historia un buen motivo para pasar de largo, también, solo por la posibilidad de encontrar allí a un judío. Pero este "vino cerca de él" (Luc. 10:33). Vio el drama del hombre abandonado; tuvo compasión por él, se involucró y lo ayudó. Por más extraño e ilógico que parezca, quien ayudó era un rechazado, un enemigo, aquel considerado un perro.

La expresión "tener compasión" es una de las más importantes del Nuevo Testamento. Significa ser tocado en el centro del propio ser, en las entrañas de uno mismo. Primero, tuvo compasión en su corazón y, todo lo que hizo de ahí en adelante, fue solo el resultado de la misericordia, del amor que fue despertado en el alma.

No había ningún motivo lógico para que aquel samaritano cambiara sus planes y gastara dinero solo para ayudar a un "enemigo" necesitado, pero su actitud probó que la misericordia no necesita motivos. Sin duda, percibió que la víctima era uno de esos judíos arrogantes por quien los samaritanos nutrían un desprecio sistemático, pero eso no le impidió acercarse y ayudar. Se preocupó por el semimuerto, aun sabiendo que si la situación fuera inversa, y él fuera el herido tirado junto al camino, tal vez no encontraría misericordia por parte de un judío. Corriendo el riesgo de que a él también lo tomaran por sorpresa y terminara de la misma manera que aquel que estaba ante él, se detuvo a cuidar de sus heridas.

Además de todo, la compasión del samaritano trastorna sus planes. Se había preparado para su viaje con comida, bebida y dinero, sin embargo, usa todo lo que tiene para un fin totalmente inesperado. Él

2 Biblia de Estudo Almeida , auxílios para o leitor, dicionário p.61. Biblia de Estudo Almeida , auxílios para o leitor, dicionário p.60.

3 Biblia de Estudo Almeida , notas de rodapé no Novo Testamento p. 110.

dio su vino para limpiar las heridas, dio su aceite para aliviar el dolor, su dinero para pagar el precio de la recuperación e hizo todo cuanto le fue posible, disponiendo hasta de su propio animal para que el enfermo fuera cargado con seguridad y recuperase su salud. "¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" (Luc. 10:36).

Ante esa pregunta, el escriba le respondió sin dudar: "El que usó de misericordia con él" (Luc. 10:37).

Jesús: el buen samaritano

La misericordia manifestada por el samaritano refleja muy de cerca el espíritu que movió al Hijo de Dios a venir a este mundo para rescatar a la humanidad. Dios no estaba obligado a rescatar al hombre sufriente y podría haber pasado de largo ante nuestra situación. Pero el Señor estuvo dispuesto a ser "tratado como nosotros merecemos, para que nosotros seamos tratados como él merece".⁴

Cristo, el Buen samaritano, tuvo compasión del hombre caído, cubrió sus heridas y lo llevó a un lugar seguro. Él estaba presente en el momento del dolor y refugió al hombre en sus brazos, cuidó de sus heridas y no lo dejó solo. Cristo dio todo lo que poseía, se dio a sí mismo para entregar la vida nuevamente al hombre creado a imagen de Dios. "No tiene que ver con la raza, el color o la distinción de clase. Nuestro prójimo es toda persona que necesita nuestra ayuda. Nuestro prójimo es toda alma que está herida y magullada por el adversario. Nuestro prójimo es todo el que pertenece a Dios".⁵

Hoy, Jesús dice lo mismo que le dijo al escriba: "Ve y haz tú lo mismo" (Luc. 10:37, 35).

Tres tipos de personas entraron en contacto con el samaritano en esa ocasión y pueden representar tres grupos de personas modernas con actitudes y filosofía de vida bien características:

Los asaltantes

Los primeros que entraron en contacto con aquel hombre fueron los asaltantes y, en su acción, demostraron codicia y avaricia, tratando de preservar, al máximo, todo lo que poseían y empeñándose en obtener lo que era del prójimo para ellos. Hoy, vemos que esa clase aumenta a medida que se acerca el fin. El apóstol Pablo escribió: "También debes saber que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, [...] implacables, [...] crueles [...]" (2 Tim. 3:1-3).

Los religiosos

El segundo tipo de personas que es retratado por los religiosos: el sacerdote y el levita. Su actitud ante el infortunio ajeno fue de indiferencia. Su filosofía de vida es idéntica a la de este mundo. Llega a ser intrigante, pero muchos que se dicen cristianos, son, en realidad, meros ciudadanos egoístas indiferentes al dolor, tristeza e infelicidad de los demás. E.G. White escribió: "La inhumanidad del hombre para con el hombre es nuestro mayor pecado".⁶ Cuántas veces, incluso empeñados en la obra de Dios, nos entusiasmos con nuevos proyectos, métodos y objetivos, y, sin embargo, somos indiferentes para con los que sufren.

Los cristianos

La tercera clase de personas es representada por el buen samaritano. La fuerza motivadora de este tipo de persona es el amor que procede de Dios (1 Juan 4:7). Quien lo manifiesta, claramente hace evidente que está convertido (1 Juan 3:14; 4:7). Tal amor cumple la ley (Rom. 13:8-10; Gal. 5:14). Quien vive sin tener en cuenta a Dios, busca solo sus propios intereses, vive únicamente para sí. Pero quien busca agradar a Dios, extiende su radio de acción más allá de sí mismo y los suyos, y está dispuesto a ayudar a quien se encuentra en necesidad. Esta calidad de amor es de origen celestial y solo puede encontrarse en el corazón de quienes están realmente convertidos. "Cuando el yo está sumergido en Cristo, el amor brota espontáneamente. La plenitud del carácter cristiano se alcanza cuando el impulso a ayudar y beneficiar a otros brota constantemente de adentro, cuando la luz del cielo llena el corazón y se revela en el semblante".⁷

Otras verdades para tener en cuenta

Así como el samaritano pidió que el mesonero cuidara del necesitado, Cristo también pidió que cuidáramos de los que tienen necesidad: "porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme". Entonces los justos le responderán diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?". Respondiendo el Rey, les dirá: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:35-40). Y de la misma forma como el samaritano dijo al mesonero que volvería y lo recompensaría ("yo te lo pagaré cuando regrese" [Luc. 10:35]), Cristo prometió que volvería y nos recompensaría: "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. 25:34).

Sin duda, esta parábola es muy apropiada para nosotros hoy. Al mirar el carácter de cada figura usada en aquella ocasión, aprendamos las grandes lecciones eternas que todavía están vivas para guiar nuestro

4 Elena de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 221.

5 Elena de White, *El ministerio de la bondad*, p. 47.

6 Elena de White, *El ministerio de curación*, p. 120.

7 Elena de White, *El ministerio de la bondad*, p. 87.

camino rumbo a nuestra más noble característica: la capacidad de amar y servir a nuestro prójimo. Así, seamos como el buen samaritano, una vela que se consume para dar luz y calor a los que la rodean. Dios nos convoca, hoy, a ayudar al prójimo. Juntos en amor, compasión, bondad y misericordia en pro de un hermano necesitado de esperanza, de pan, de una oportunidad para cambiar su vida.